

la simpatía y la admiración de todos.

Casi no es menester decir que Juanillo Junquillo, porteador de mercancías muchas veces y fanfarrón muy calificado, cuando sacaba la reata de cuatro mulas uncida al carro que le hizo aquel valenciano que tuvo la carretería por la posada de la Luisa, -Enrique Lledó- se producía en toda la Plaza un fuerte murmullo de admiración. ¡Que asombro, señores!

Los Raicillas, sus copartícipes en la trajinería, también eran echados para alante y de Reyes se decía que cogía como nadie las entremantas para las colleras, con lo que las mulas trabajaban mejor.

Disminuídas las necesidades del camino y aumentadas las de la labor, se generalizaron los carros de lanza y las galeas de cuatro ruedas, adaptándose las guarniciones a esa modalidad, con tiros y cejadores de cañamo que empezaron a forrarlos de cuero fino y acabaron por hacerlos todos de cuero. Los Monos, Pablo y Angel y el Curro (Francisco Requena), tuvieron buen gusto para llevar arreos vistosos, como Potenciano Atienza, Santiago el de la Catrada, Pirralda, los de Braulio Vela, los Espaderos, por lo menos la yunta del "ayudaor", y la del zagal grande. Zamarreta fue otro que llevaba a cual mejor su yunteja de mulas borriquetas.

Otro transportista de aquel tiempo fue Narciso Sierra, que llevaba trigo antes de poner él su fabriquilla de harinas, pero en los arreos se arreglaba como Pinacho, con sogas y cadenas.

La falta de animales durante la guerra hizo que se volviera de nuevo a los carros de varas y los numerosos arreos que se habían hecho antes fueron a parar, como otras prendas de calidad, a los pueblos de alrededor a cuenta de patatas.

La llegada de los "remolques" motivó un gran movimiento en la guarnicionería pero las modalidades económicas que se iniciaron con la llegada de los tractores, malvendiendo para carne las bestias de buen precio y mejor estampa, paralizaron la talabartería hasta ponerla en trance de desaparición, reservando a la gente antigua el placer de recordar aquellas cabezadas tan hermosas que se tenían en la mejor habitación de la casa como preciada joya.

La sobrecarga de adornos, coloreados de encarnado o azul, les daba un aspecto charro, con espejillos en las antojeras y tanto en éstas como en las hociqueras y en los pretales de campanillos torneados, pelo de tejón, buenas frontaleras con media docena de borlas de seda y penachos en la parte de arriba a estilo valenciano. A estas cabezadas las llamaban de casco. Por lo pesadas y poco prácticas se fueron sustituyendo por las de cuero con sus mosqueras grandes, letras niqueladas y un derroche de tachuelas doradas, buenas ramaleras, madrinas y cincha para sujetar las mantas bordadas de salir a correr San Antón.

El guarnicionero tomaba a su cargo el atalaje completo del carruajero, no solo los buenos tiros forrados del todo, las colleras con amplias zaleas para preservar de las aguas a los animales y sillones con sobrestos para amortiguar los golpes de las varas del carro, sino también los entalamos, de tanta necesidad en los caminos, algunos con abundancia de arte y recursos en cortinas y correas para protegerse del viento y de la lluvia.

Las fiestas de San Antón eran sonadas, porque hasta San Antón Pascuas son y las familias labradoras, que esperaban ese día, le reservaban y renovaban sus provisiones de mantecados y mistelas para que los hombres se templaran y lucie-